



LUGAR, VIVIENDA Y URBANIDAD¹

Fernando Campos M.², Paulina Yávar S.³

Fecha de recepción: 06/09/06
Fecha de aceptación: 12/12/06

Resumen

El concepto de lugar revierte múltiples significados. Basta con observar las distintas acepciones que este término comporta en la lengua española, entre las que se encuentran aquellas que remiten a un espacio físico real, imaginario o abstracto (espacio, sitio, terruño y territorio), las que remiten a la noción de tiempo (ocasión, momento y oportunidad), o en referencia al uso cotidiano del lenguaje para hablar de la experiencia (“yo en tu lugar...”).

El lugar tiene una multiplicidad de significados provenientes de las distintas disciplinas o teorías que lo abordarán como su “objeto de estudio”, de manera que la filosofía, la geografía, la arquitectura y el urbanismo aportan distintas formas de comprenderlo, dando cuenta de las diferentes aristas que reviste su noción. Cada disciplina, realiza aportes a la visión de lugar dada las dinámicas concretas que asume en su ejercicio académico y profesional.

A ello, se suma la evolución histórica que ha sufrido el concepto, experimentando transformaciones importantes con el despliegue de la ilustración y con la influencia de la filosofía existencialista en la primera mitad del siglo XX. Se puede decir que, la noción de lugar se construye como un collage en el que se descubren diferentes focos y tensiones, según el tiempo o la disciplina desde la cual se asuma un determinado punto de vista.

Palabras claves: lugar, urbanidad, ambiente residencial, accesibilidad

Abstrac

The concept of place has multiple meanings. This is clear when reviewing the different meanings of the term in Spanish, including those that refer to a physical, imaginary or abstract space (space, site, territory); those that evoke the notion of time (occasion, moment, opportunity); or those colloquial expressions that refer to experience (“me in your place”).

Place has multiple meanings derived from the different disciplines and theories that use the term as their ‘object of inquiry’; philosophy, geography, architecture and urbanism provide different ways of understanding the term, giving account of the various angles that it possess. Each discipline collaborates to the vision of place due to the concrete dynamics that it assumes in the academic and professional practice.

In addition, the term has experienced an historical evolution of important transformations driven by the rise of the enlightenment and the influence of the existentialist philosophy during the first half of the twentieth century. It is possible to declare that the notion of place is being built as a collage where we can discover different focuses and tensions that vary depending on the point of view of a particular time or discipline.

Keywords: place, urbanity, residential environment, accessibility



Centro de Concepción, sitio que se consagra como «lugar» con experiencia de uso individual y colectivo.

¹Documento de Trabajo N° 5 del INVI “Lugar Residencial. Propuesta para el estudio del hábitat residencial desde la perspectiva de sus habitantes”, Proyecto Fondef-Conicyt N° D0011039-2002 “Determinación de los estándares de Bienestar Habitacional para mejorar la Calidad de la Construcción de Viviendas en Chile”,

²Arquitecto, Docente Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Santiago. Correo electrónico: fcampos@uchile.cl

³Arquitecto, Docente Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Santiago. Correo electrónico: pyavar@uchile.cl

1. La noción de lugar a través de la historia

El que hoy se pueda hablar de tiempo y de espacio completamente desarraigados de la experiencia “concreta” de alguien, y que además eso nos resulte de la más corriente, no es algo que históricamente haya sido así. La idea de espacio y tiempo, tanto en la filosofía clásica como en la antropología, siempre estuvo conectada a la experiencia de las personas o a las experiencias que ellas tenían de y en la naturaleza.

La noción tan particular con que contamos actualmente de un espacio objetivo, puro e indiferente de quien lo experimenta, es una construcción tardía en el pensamiento humano y de hecho, hay autores que la señalan como fruto de la Modernidad. En este sentido, Barman (1999) hace referencia a que el hombre y su cuerpo sirvieron de comparación para comprender el mundo circundante, de manera que las medidas “antropomórficas” y “praxeomórficas” (artefactos y actividades) fueron utilizadas hasta principios de la Modernidad, comenzando a ser cuestionadas en esta época por su contingencia por aquellos que ostentaban el poder, a fin de dar un tratamiento uniforme a un gran número de súbditos al exigirles “los mismos” impuestos, imponiéndose, de esta forma, patrones obligatorios de medida de distancia, superficie o volumen. Así, la lucha moderna por el dominio del espacio va a ser el motor que posibilita la abstracción de toda “consideración experiencial” a la hora de definir o cuantificar un espacio (Barman, 1999).

En esta línea, se encuentra la explicación desarrollada por Muntuñola (1974), en relación con la transformación epistemológica de la noción de lugar desde la época clásica a la moderna. Para dicho autor, se observa una revolución esencial en la lógica del lugar que consistió en el cambio desde una intuición propia de la lógica del lugar a una axiología, lo cual supone una radical transformación de todos los axiomas bajo los que se comprendía el espacio. De esta forma, existe una ruptura con el lugar concéntrico intuitivo entre los siglos XIV y XVIII en Europa occidental, dado que la noción de espacio como jerarquía de valores es reemplazada por la de espacio como sistema de medidas, siendo un síntoma de esta nueva orientación el estudio de los objetos en una relación visual, y esto, a su vez, convierte lo observado en cuantitativo. Ahora, se señala que este cambio en la comprensión del espacio se relaciona con la transformación que sucede a nivel de la conciencia, desde una conciencia que opera directamente sobre el mundo a una conciencia que tematiza esa operación, siendo esta capacidad reflexiva la que posibilita esta revolución y la “universalidad” a la que aspira (Ricoeur en Muntuñola, 1974).

Ahora bien, la primera expresión del interés del Estado moderno por homogeneizar el espacio, fue la monopolización de las producciones cartográficas, lo que fue realizado con el fin de despojar a la realidad de su opacidad contingente. Para Barman (1999) es fruto de la perspectiva la consecución de muchos puntos de vista para dar cuenta de la realidad; sin embargo, se vuelve tarea de la autoridad —y uno

de sus mayores intereses— dar con un punto de vista desde el cual se tenga una posición privilegiada para dominarla. En este sentido, la idea de “mejor” refiere a “objetivos”, y lo objetivo viene no por un acuerdo compartido universalmente, sino por el contrario por una estricta jerarquización de las imágenes del mundo, la cual es fruto de imposición del orden moderno.

El paso desde la búsqueda de un punto de vista objetivo para “reconstruir” la realidad y dominarla, va hacia la “construcción efectiva” de espacios completamente transparentes donde la capacidad de controlar, ordenar y dominar la realidad, es encargada al “diseñador” de la ciudad (proyectos de ciudades utópicas o ideales del Renacimiento). Ahora bien, es con el urbanismo moderno donde se da la posibilidad efectiva de construir el orden racional de la ciudad, despojándola de toda ambigüedad y desorden, siendo un ejemplo perfecto de esta corriente el insigne Le Corbusier y sus preceptos, los cuales guiaron la construcción de una ciudad como Brasilia. Así, el esfuerzo de la planificación moderna se orienta a imponer un nuevo orden en la realidad, el cual no sólo es político o social, sino que también es espacial (nada puede ser dejado al azar), de tal forma que la concepción de “lugar”, como sitio donde la experiencia individual y colectiva organiza y da sentido, cae en completo desuso (Barman, 1999).

La idea de lugar vuelve a cobrar relevancia en el ámbito de la arquitectura en un contexto de crítica al Movimiento Moderno, el que bajo la trivialización y generalización de sus propuestas, se señala, termina divorciando la arquitectura de la ciudad. Una revisión del contexto urbano, a la luz de profundos cuestionamientos a las condiciones de las grandes ciudades, lleva a plantearse acerca de una arquitectura significativa sin perder de vista al habitante, recatando el “lugar” en tanto su relación con una determinada identidad o historia. Así, se propone rescatar la diversidad y riqueza de la vida urbana, teniendo en consideración a aquellos que la habitan y construyen, siendo función del especialista (arquitecto) el “develar” estas diferencias (De las Rivas, 1992).

En síntesis, siempre la conformación del lugar estuvo referida a la experiencia que las personas tenían de él —o de sus acciones en él—. Sólo es en la Modernidad que se crea la noción de un espacio completamente desligado de la referencia a persona, aludiendo a individuos anónimos e intercambiables. La constitución de lugar, lugar vivenciado y significado por alguien, históricamente —como describen— como describen trabajos antropológicos— está en la base de la constitución de la identidad del grupo y, en ese sentido, la sangre y el territorio son las coordenadas desde donde se constituye identidad. Ahora bien, la identidad se logra por diferenciación de lo extraño, por el sentimiento de estar en lo propio y con los propios, que existiría sin que los límites del lugar (o del grupo), refieran constantemente a lo que no son, a lo ajeno y distintos, elementos que nunca fueron expulsados de la experiencia cotidiana, sino, por el contrario, fueron fuente de sentido, siendo sólo en la era moderna mirados con recelo a través del diseño espacial y social.

2. El concepto de lugar desde distintas disciplinas

La filosofía es quizás la primera disciplina desde la que se puede extraer una definición de lugar, de espacio y de tiempo, en tanto la orientación filosófica se remite a indagar en la pregunta misma por la realidad (ontología). La centralidad de la pregunta por el tiempo y el espacio ya se evidenciaba en Platón, quien consideraba al espacio como parte de una tercera esencia que es infinita, eterna y que da cabida a todos los seres. Con Aristóteles, en tanto, asistimos a una manera distinta de concebir el lugar, en cuanto se centra en la noción de límite, dónde lo relevante se torna la constante vecindad que se describe entre el continente y el contenido (Muntuñola, 1979).

El estatus privilegiado que se entrega al tiempo y al espacio como categorías centrales del conocimiento humano se logra en el aporte de la filosofía kantiana, cuando son definidas como condiciones de posibilidad de todos los fenómenos. Por consiguiente, son categorías que no se desprenden de la realidad de los objetos, sino que desde ellos es que podemos experimentarlos y comprenderlos. Sin embargo, esta filosofía no pretende señalar que las nociones de tiempo y espacio cambien en la historia; en realidad, aparecen con una carga objetiva. La relevancia del tiempo y el espacio como las categorías centrales del conocimiento humano pasan a ser muy importantes para el estudio empírico que rea-

lizan con posterioridad disciplinas como la antropología, cuando intenta observar cómo ellas son comprendidas de manera diferencial en distintas culturas.

Ahora bien, el acceso a una definición específica de lugar se logra en Hegel, el que señala qué lugar es tiempo en el espacio, o tiempo concretado en un aquí y espacio concretado en un ahora. Sin embargo, esta definición resulta bastante formal, no señalando la manera específica en que ocurre dicha relación, o cuáles serían sus repercusiones. Muntuñola, (1979) ahonda en la discusión de la visión hegeliana, pero esta vez en relación con Luckacs, señalando que la disputa entre ambos se encuentra en la orientación del arte, mientras para el primero lo relevante es la identificación con el espíritu, para el segundo lo importante es la apropiación humana. En el caso de la arquitectura, mientras para Luckacs lo importante es “la función de la función” de la obra arquitectónica y la habitabilidad de éstas, para Hegel es central la forma estética.

De esta manera, la reflexión filosófica en torno al tema de tiempo y el espacio, se da dentro de la pregunta ontológica por la realidad. Ahora debemos observar también que la filosofía genera un grado de abstracción respecto de estas nociones tal que difícilmente se pueden dar con un contenido sustancial o concreto para las relaciones que plantea.

Una forma de dar contenido sustancial a esta relación entre el tiempo y el espacio, se encuentra en los aportes de la



Panorámica de Tomé, concebido como «lugar antropológico» en que se reconoce una identidad a partir de su carácter histórico como centro productivo textil.

antropología etnográfica, la cual intenta explorar en diferentes culturas la forma de comprender el tiempo y el espacio, a fin de poder observar las repercusiones que ello tiene en los modos de vida más cotidianos y en las formas rituales más complejas. De esta manera, se desarrolla una importante línea de investigación enfocada en culturas “premodernas” o tradicionales, dónde lo central es establecer los lazos que desde la forma particular de comprender el tiempo y el espacio se generan hacia la totalidad de la vida humana, lo que se traduce en la manera de definir lo propio de lo ajeno, los semejantes y los extraños, lo sagrado de lo profano, entre otras distinciones posibles.

Sin embargo, la capacidad de comprender la relación entre las prácticas sociales y la forma de definir las categorías centrales del conocimiento, del tiempo y el espacio, no remiten sólo a las culturas premodernas, sino que han sido asumidas como centrales para pensar la situación actual del mundo occidental. Esta es la propuesta de Augé (1998), cuando señala que las transformaciones en los modos de vida, en las relaciones sociales y en las instituciones, deben ser doblemente secundarias, y lo que debe captar nuestra atención es cómo cambian las grandes estructuras con que el hombre piensa y articula su identidad y sus relaciones recíprocas (el espacio, el tiempo y el lugar). Para Augé, quien desde su preocupación general por las transformaciones en la forma de comprensión del tiempo, el espacio y la condición del individuo en la socie-

dad actual –que define viviendo la sobremodernidad-, desarrolla un estudio exhaustivo respecto de la noción de lugar. De esta manera, el autor plantea que el lugar es una construcción concreta y simbólica que hacen quienes lo habitan respecto de su relación con el espacio, con sus semejantes y con los otros. Así, se señala que las dimensiones centrales de todo “lugar antropológico” son la identidad, las relaciones y la estabilidad entre ambas que le confiere su carácter histórico. Por tanto, dado que lo importante es comprender las mutaciones que existen en esta sobremodernidad respecto de su comprensión del tiempo y el espacio, un lugar incorpora las dimensiones antes citadas, en tanto un espacio que no pueda definirlas será un “no-lugar”, siendo la sobremodernidad una constructora de estos no-lugares. Ahora bien, en relación a cómo se dan la identidad y las relaciones entre las personas en los lugares, el autor no desarrolla a cabalidad cómo se dan las prácticas de los sujetos con los espacios y de los sujetos con los semejantes que, en definitiva, generan identidad.

Existen visiones dentro de la antropología que se acercan a una comprensión más concreta en la búsqueda de un contenido sustancial para la relación de las personas con el lugar. En este sentido, de Certeau señala que el lugar surge cuando es articulado, cuando las relaciones que estaban latentes en el espacio son actualizadas por las personas. Esta idea se basa en el reconocimiento de dos dimensiones para referir al lugar: primero, una visión temporal que permite la



Simbolismo urbano representado por su proyección económico financiera y que refuerza su concepto de lugar. Sector La Bolsa de Santiago.



Costanera de Puerto Montt, un lugar reconocible en su identidad urbana en el turismo austral.

realización de los contenidos latentes que se encuentran en el espacio y, segundo, las prácticas humanas que son las que efectivamente realizan los contenidos posibles. En este sentido, la postura de este autor es radical en tanto señala que las prácticas sociales no se encuentran localizadas, sino que ellas son las que “especializan” o, si se quiere, lugarizan —construyen lugar— (Certeau en Harvey, 1998). Ahora, las prácticas a que se hace referencia no son comprendidas como complejos rituales, sino como las más simples prácticas cotidianas.

Por otro lado, Rapoport (1997) trabaja en función de tres conceptos que hablan de la relación del hombre con el espacio físico. Primero, habla del *entorno construido*, aquel entendido como un “escenario” que genera “señales” que los sujetos “decodifican”, conforme a sus particulares formas de ser y actuar, por lo que el medio construido puede llegar a facilitar o inhibir comportamientos latentes, más que nunca generarlos. Segundo, hace mención del *asentamiento de las actividades* humanas entendido como el espacio en que los hombres actúan, cobrando sentido el medio construido justamente por medio de la actividades que en él se desarrollan. Tercero, la *organización espacial*, que es la forma en que se vincula el ámbito de las formas construidas con las cualidades sensoriales y valoraciones simbólicas de los individuos, dado que las cualidades del medio construido son aprehendidas de una determinada manera según los “filtros” (culturales, personales, temporales) que se manejen. Así, este autor presenta una conexión por medio de una dimensión simbólica, en tanto la organización espacial es fuente receptora de sentido (éste se asigna y decodifica), así como permite organizar el tiempo y la comunicación (quien, con quién, dónde, cómo y cuándo se comunica).

Ahora bien, en grandes líneas, en cuanto a la postura de la arquitectura respecto del lugar, se puede señalar que, por un lado, se tiene una visión comprensiva del fenómeno que desarrollan autores como Muntuñola, quien se aboca a determinar los elementos, funciones y significaciones que concurren en la conformación de lugares sociofísicos. Por otro lado, se tiene una visión más práctica que remite al surgimiento efectivo de un lugar y el papel privilegiado que tiene la arquitectura en este fenómeno.

De esta manera, la visión comprensiva —en el sentido que plantea una manera de comprender el lugar y de hacer manifiestas las relaciones que se establecen entre quién habita el lugar y el lugar mismo—, señala que éste es un triple encuentro entre una dimensión psíquica, social y física, dónde el lugar es tanto un significado racional —una noción— como una relación afectiva —una emoción— (Muntuñola, 1997). Así, el lugar propone un entrecruzamiento de las polaridades hablar —habitar, medio físico— medio social, conceptualización— figuración, sin que ellas se identifiquen. A través de esta visión comprensiva, lo que se logra es una compleja manera de entender las relaciones que se dan en el lugar y el significado que éstas van adquiriendo.

Por otra parte, desde una visión más práctica se comprende que el lugar surge en un momento concreto de tiempo y se acaba de la misma manera. En ese sentido, la operación que está en la base de la construcción de lugares es la

sustantivación de relaciones que existen en el entorno y que resultan significativas para cualquier persona. De esta manera, la arquitectura viene a concretar un compromiso cultural del entorno con las personas, generando un ámbito nuevo para que acontezca el habitar. Ahora bien, se puede ver que esta postura no tematiza la relación entre personas que ocurre en el lugar, sino que señala la relación de un sujeto con un espacio que fue proyectado significativamente por un diseñador. En este sentido, la arquitectura plantea la cualificación del espacio, o sea, que éste adquiera características concretas, como la forma de construir lugares, olvidando, de paso, las nociones interpretativas que refieren al lugar como una construcción significativa del habitante con el espacio, donde ésta ocurre por densidad vivencial (o de sentido) comprendido y actualizado.

Esta idea del lugar como el espacio cualificado, el espacio manipulado y transformado, se plantea de manera exacerbada en la arquitectura modernista. La idea de construir espacios o lugares hechos a la medida del “nuevo hombre” entendido como un ser racional despojado de las ataduras de la tradición o de las costumbres, es la tarea principal de esta nueva disciplina. Así, las definiciones de lugar basadas en la historia de las personas o en la densidad significativa —y no racional de los espacios—, le resultarán carentes de sentido, de manera tal que la arquitectura moderna desarrolla una nueva forma de proyectar y construir espacios, los que van a recibir, primero, las críticas de sus habitantes y, segundo, las críticas de las teorías existencialistas respecto del lugar.

Ahora bien, la noción de espacio abstracto y homogéneo, idéntico para cualquier observador, es la que tiene mayor repercusión y preponderancia en todas las ciencias. La arquitectura opera bajo esos mismos criterios, en tanto su materialidad de creación es el espacio vacío y su tarea es cualificarlo, sin importar quien es el destinatario específico. De esta forma, frente a la idea de espacio abstracto —continuum—, el existencialismo propone la relación que se da entre los sujetos y el lugar, desarrollando fundamentalmente las nociones de espacio existencial y espacio poético. Así, la existencia misma del hombre se da anclada a un espacio, el espacio es parte de la existencia y, por lo tanto, se despliega como una construcción significativa, dónde no sólo la razón tiene cabida, sino también la memoria y la imaginación, las cuales están tan enraizadas al espacio como la existencia misma (De las Rivas, 1992).

Entonces, como aporte fundamental a la noción de espacio y de lugar, aparece desde una fenomenología de la existencia la reflexión que poné su atención en la forma humana de “habérselas” con el espacio, señalando que porque estamos en una actitud natural respecto a los lugares, es que podemos generar la abstracción del espacio. Esta actitud natural del hombre con el espacio y en específico con el lugar es la idea heideggeriana de Habitar. Heidegger señala que forma de ser del hombre en el mundo, la forma de ser como mortal en el mundo, es el habitar, no siendo una acción entre otras, sino que es la forma en la cual siempre permanecemos “entre el cielo y la tierra”. Construir, como edificar y



Espacio abstracto, continuum y homogéneo representando las mil visiones de un mismo lugar, el altiplano. Socoroma.

construir como edificar y construir como “cuidar”, son propiamente habitar. Se debe pensar el construir desde el habitar, ya que no habitamos porque construimos, sino que construimos porque habitamos y lo característico del habitar es un cuidado que deja libre a las cosas en su esencia. Ahora, respecto del lugar, el autor señala que éste surge por la construcción de una edificación, la cual deja entrar al habitar, abriendo un espacio a la existencia humana (Heidegger, 1994).

Las anteriores, resultan ser entonces las críticas existencialistas a la idea de construir lugares desde la cualificación y manipulación de un espacio abstracto que carece de sentido y significación para las personas que lo viven. En ese sentido, se puede pensar que la crítica existencialista se realiza a la destrucción de la ciudad histórica y al predominio de un espacio desarraigado de la dimensión humana. Así, el punto de diálogo entre la construcción de lugar y la postura existencialista se encuentra en la idea de “genios loci”, lo que el lugar es o “presiona” por llegar a ser, de tal manera que la arquitectura se establece en función de este “llamado”, cuando construye en relación con la identidad histórica que se puede descubrir en los lugares, reconociendo los elementos característicos y las relaciones que dan forma e identidad a los mismos (De las Rivas, 1992).

Ahora, entre aquellas reflexiones que refieren a la dinámica que se da entre la sociedad, la cultura y las conceptualizaciones del tiempo y el espacio de práctica concretas que desarrollan en relación con ellos, se puede observar la postura desarrollada por Foucault, la cual refiere a cómo en la sociedad moderna se ha establecido una vinculación entre los mecanismos de disciplina- entendido como medios de dominación- y el control y producción del espacio. En este sentido, el autor recurre a dos imágenes o conceptos con los que explicará el despliegue de estos mecanismos en la sociedad moderna: el panóptico y las heterotopías.

De esta manera, bajo estos conceptos, la investigación social ha dado cuenta de la producción de espacios en la sociedad actual y de cómo, detrás de acciones aparentemente ingenuas, se esconde el ejercicio del poder. Sin embargo, el carácter opresivo con el que el autor observa el despliegue espacial de la sociedad moderna, impide dar cuenta de los



Poblado altiplánico de Putre, lugar en que la razón, la memoria y la imaginación tienen cabida en su concepto geográfico global.

mecanismos y tácticas de liberación que realizan los ciudadanos y que transforman o construyen espacios –en el sentido de De Certeau-. Así, el maíz crítico de esta teoría impide su utilización para observar procesos “positivos” en la dinámica del hombre con el lugar.

Ahora, Harvey (1998) busca describir la conexión que existe entre los procesos sociales y las prácticas espaciales y temporales. Para el autor, ambos aparecen como distintos a la razón; sin embargo, el autor propone la conexión que se establece en relación con los modos de producción que desarrolla casa sociedad, los cuales determinan formas particulares de articulación del tiempo y el espacio, las cuales repercutirán en las prácticas sociales concretas que desarrollan los individuos. Así, las categorías de tiempo y de espacio, que aparecen objetivas al sentido común, son puestas en duda y conectadas con las determinaciones materiales de cada sociedad, abriéndose la pregunta por la dialéctica que se produce entre ambas. De esta forma, las prácticas sociales son vinculadas a la construcción de un espacio concreto (productoras y producidas), a una manera específicas de representarlo, percibirlo, significarlo e imaginarlo.

En definitiva, bastante se ha escrito respecto a las consecuencias humanas de determinado tipo de formas construidas, así como de acciones humanas transformadoras e innovadoras que se desarrollan en los espacios, vale decir, entornos construidos que determinan el comportamiento, así como medios determinados por la acción de los sujetos. Ahora bien, entre uno y otro extremo, se plantea en general la reflexión en tanto relación dialéctica de mutua implicación entre los sujetos y su entorno. El concepto que viene a establecerse como mediador en esta dialéctica, y que daría cuenta de la mutua implicación existente entre el sujeto y su entorno, es el de lugar. Así, este concepto puede indicar un acceso privilegiado a la condición humana del espacio construido y, de esta manera, a la experiencia que los habitantes tienen en el lugar en que residen. De esta forma, comprender que la relación no es unívoca significa dar cuenta de un sujeto que experimenta y constituye un lugar, depositándose en esta operación sus preocupaciones, aspiraciones y expectativas, así como de acciones constructivas más eficaces para que la gente se



Valparaíso es una de las ciudades que más se recuerda por su fijación como lugar urbano histórico patrimonial.

apropie de los lugares, los cuide y desarrolle, en definitiva, una mejor calidad de vida en ellos.

3. El lugar urbano desde la experiencia de los sujetos

“John Turturro abre la puerta de la habitación del décimo hotel que visita este mes. Deja la maleta sobre la cama, corre la cortina, se saca los zapatos. De un golpe de vista recorre el lugar: 360° de papel mural, entablados de madera, una lamparita desconocida sobre cada velador, y la sensación de haber irrumpido en la casa de otro, o peor todavía, en la casa de nadie. Un panorama vacío, ni siquiera triste. Entonces vuelve sobre el equipaje, abre las maletas y escarba entre la ropa hasta encontrar un paquete envuelto en una bufanda. Es un bulto rectangular, claramente plano y rígido. Al desdoblarse el tejido de lana, aparece la superficie de un vidrio, luego la esquina de un marco de madera barata, y sobre el reflejo de su cara expectante. La fotografía enmarcada de una mujer en traje de baño, sentada en la arena, mirando el horizonte azul que tiene en frente, llena por un momento la cabeza del viajero. Una vez que instala la fotografía y su marquito sobre la repisa, puede pensar que ha llegado a su habitación, el espacio que será suyo por dos días o tres, en el décimo hotel que visita en el mes”

Revista ARQ N° 50

“Evidencias sobre construcciones en Santiago:
Territorios Demarcados”

(Marzo 2003: 12)

La imagen del viajero, es quizás la que mejor representa el diagnóstico que se ha venido conformando entre una serie de intelectuales y profesionales de distintas áreas dedicados a observar la relación que se establece entre los sujetos y la ciudad que experimentan. El eje en torno al cual se articula principalmente, esta reflexión hoy en día, es el lugar - movimiento, vale decir, la manera cómo los sujetos se enfrentan al medio urbano y constituyen lugares en un nuevo contexto social y cultural. Cual existe una sobre valoración del movimiento en función del tiempo (el ahorro del tiempo sería central en la experiencia del hombre actual), la influencia de nuevos referentes identitarios de alcance global que desplazan antiguas identificaciones con el territorio, junto con la idea de una cierta desmaterialización de la experiencia (apoyada por la emergencia de nuevas formas de comunicación).



Punta Arenas, lugar lleno de concepciones y experiencias particulares: el fin del mundo.

Las nuevas condiciones materiales, sociales y culturales se piensa conducen a nuevas formas de vivir y comprender la ciudad. García Canclini (1997) señala que el movimiento es un importante elemento de la urbe actual, considerando los viajes que los sujetos realizan como una experiencia urbana fundamental en nuestros días, como formas de apropiación del espacio urbano y lugares propicios para “disparar imágenes” (Canclini, 1997: 107).

En la experiencia de habitar una ciudad, de constituir lugares, las imágenes con que los sujetos cuentan resultan fundamentales. Ahora, estas imágenes se constituyen en un marco de significaciones socialmente compartidas, otorgando un sentido a los lugares, ya sea mediante el nombre que se le asigne, valoración o connotación, significando tanto lo conocido como lo desconocido. Así, constituir lugares refiere a hacer una distinción (nosotros/ los otros -aquí/ allí), y el sentido que adquiere el lugar influye en su uso (así, un lugar considerado “peligroso” desencadenará ciertas conductas y no otras) (Aguilar; 2002).

Ahora bien, la continuidad, sea espacial o simbólica entre el espacio de vida y el espacio laboral, de recreación o de tránsito, es cada vez más improbable. Esta idea de continuidad se tiende a evocar en relación con la permanencia de un mismo principio de interpretación y lectura de la experiencia urbana el cual tiende a desaparecer, como señala Lynch (1984, en Aguilar, 1995). En este sentido, la ciudad imaginada provocaría una “segmentación de sus usos”, vale decir, a través del otorgamiento de significado a lo desconocido -o no conocido a cabalidad- se produce una segmentación de su uso, y una solución imaginaria de las dificultades de orientación, seguridad, identificación, autoafirmación, etc.,. Entonces, la ciudad en su totalidad es la que se construye como símbolo y, en ese sentido, la imaginación desborda las lecturas basadas en una percepción visual de la ciudad que exalta, solamente, la claridad constructiva del espacio para lograr la comprensión del entorno. Así, la ciudad presentaría en este sentido, principalmente, una dimensión estético-simbólica, la cual opera a nivel imaginativo en sus habitantes (Silva, 1993).

Se señala, por otra parte, que a nivel de ciudad existiría un empobrecimiento de la experiencia urbana a partir de factores como la dimensión de la ciudad, la incapacidad

ciudad de imaginarla contundentemente con una forma y una estructura y la imposibilidad de aprehender su heterogeneidad. Esta visión de cierta distancia que se establece en el actual panorama cultural a referentes locales o territoriales respecto de la constitución de identidades, observa cómo el sujeto se constituye en las ciudades de nuevas formas. La idea del “desanclaje” respecto del territorio como referente que plantean autores como Giddens y Augé, la alta movilidad, la falta de arraigo, las pertenencias efímeras, estaría señalando un desplazamiento de ideas tradicionales en torno a la conformación de un lugar desde la tradicional manera de comprenderlo como un ámbito en el que se marcan diferencias e identidades (Lindón; 2002)

Se rescata el ámbito de lo cotidiano como aquel en el cual los sujetos día a día siguen conformando lugares en las pequeñas acciones cotidianas, en las relaciones que establecen con otros. Siguiendo a Lindón (2000) existirían formas específicas de la vida cotidiana en las cuales el espacio parece organizar el tiempo, modos de vida cuasi fijos en el espacio e “inesperados” desde los enfoques más tradicionales sobre la aceleración del mundo cotidiano. Así, el hombre continuaría anclado en la cotidianidad, a ese espacio insustituible del diario vivir, lugar de la reproducción social a través de las pequeñas acciones de todos los días (Lindón, 2000).

Por otro lado, el lugar de la residencia es visto como la conexión primaria con el resto de la ciudad, como un *fragmento conocido y predecible de la ciudad*, como señala Bertrand (1978). Aquí, el sujeto continúa construyendo “lugar”, imprimiendo su sello propio en pequeñas acciones. Se considera que existen tendencias de repliegue hacia lo doméstico dado por el creciente extrañamiento y temor que generan en las personas las grandes ciudades. Así, para Canciani (1989) *“la violencia y la inseguridad pública, la inabarcabilidad de la ciudad llevan a buscar en la intimidad doméstica, en encuentros confiables, formas selectivas de sociabilidad”* (1989 en Uribe 2002: 265).

Sin duda, la conformación de los espacios urbanos está atravesada por nuevas dinámicas tecnológicas y económicas, pudiendo ser éstos valorados en tanto un *lugar entre lugares*, en función de las relaciones de intercambio o interacciones establecidas con el sistema en que se inserta (Castells, en INVI, 2003), o bien el lugar pasa a ser valorado por participar de una dinámica competitiva como lo plantea Harvey (1998). Sin embargo, no hay que perder de vista que parte importante de la vida social está, finalmente, íntimamente enraizada en la dimensión espacial local, en la capacidad de simbolizar, dar nombre a los espacios que se habitan y usan, nociones de lo propio y lo ajeno (Aguilar, 2001). De esta forma, el lugar de la residencia queda comprendido como el lugar de lo cotidiano, donde se encuentran en una dinámica compleja, la vivencia subjetiva y la producción y reproducción de las estructuras sociales que transcurren, innegablemente, en un espacio y tiempo determinado -un “aquí” y un “ahora”-.

4. El lugar de la residencia. Un lugar particular.

“... el edificio no es sólo un filtro de luz, aire, etc. sino que es un instrumento sociocultural de comunicación, a través del cual se filtra información social”.

(Rapoport, 1978:264)

En la conformación de un lugar concurren distintos; elementos, tanto físicos como psicológicos y sociales. Así, el sujeto que habita más allá de percibir el medio de una forma particular, lo significa o simboliza, estableciendo cierto tipo de asociaciones de imágenes específicas que influyen fuertemente en cómo este medio es valorado, utilizado y transformado.

El habitante experimenta el medio construido mediante determinados “filtros”, los cuales pueden ser personales, culturales o temporales. Así, también, se espera que realice determinadas actividades y establezca cierto tipo de relaciones de acuerdo a sus particularidades. De esta forma, el valor relativo de los elementos de un lugar específico varía al estar influenciado por factores como el estatus, sexo, edad, etc., pudiendo tener los distintos grupos espacios de comportamiento, formas de significarlos y usos diferentes.

Dentro de los elementos que se considera conforman el lugar de residencia, se señala el barrio. Ahora bien, el concepto de barrio puede resultar ser un término confuso y problemático ya que refiere a lo que los propios residentes entienden y consideran como tal. Sin embargo, en términos generales habría que mencionar dos dimensiones en su definición: una dimensión física, relativa al área próxima a la vivienda que comprende a los servicios y equipamientos, de tal forma que el individuo pueda desplazarse andando a la mayoría de ellos y entre los que existe una relación de mutua interdependencia, determinada por las actividades que en ellos se realizan. Una dimensión psicosocial, es decir, el barrio como una zona que permite el establecimiento de redes sociales entre sus habitantes, los que poseen un cierto sentimiento de pertenencia al mismo (Aragón, 1998).

Considerándose las variaciones en cuanto al valor que el habitante le atribuya a su marco de vida, para Prost (1991) el barrio para quien lo habita *“se define subjetivamente por el conjunto de itinerarios que se recorren a partir de la propia casa. Itinerarios, recorridos a pie (...) el espacio concreto del barrio es una superficie abierta a todos, regida por reglas colectivas, pero que tiene como hogar; en el sentido óptico, un lugar cerrado, una casa propia, es un afuera definido a partir de un adentro, un público cuyo centro es privado”* (Prost, 1991 en Aguilar, 1995: 54)

Otro nivel de análisis, lo constituyen los vecinos, nivel bajo el cual debe comprenderse el ambiente residencial como la dimensión social que subyace tanto al concepto de vivienda como al de barrio, por lo que se estudia en relación a éstos. El interés de diversos estudios por este nivel se ha centrado en determinar hasta qué punto el diseño de la vivienda

o del barrio puede afectar los patrones de interacción de los residentes. En general son dos las áreas de investigación: la proximidad entre vecinos y el sentimiento de comunidad (Amérigo, 1998:179).

Relacionado a la proximidad entre los vecinos, se señala que la posibilidad de encuentro éstos podría llegar a ser beneficioso en tanto se pueden generar relaciones satisfactorias que intensifiquen la identificación con el barrio y la interacción continuada con otros conduciría a una mayor predictibilidad y sentimiento de seguridad, dado el nivel de "familiaridad" que se establece. Ahora, si los espacios de encuentro no son apropiados los resultados pueden ser negativos, dando lugar a acciones que pueden ser consideradas como "invasoras" y obstaculicen una adecuada convivencia entre los vecinos (Bell, 1996 en Aragonés, 1998).

Según lo señalado por Amérigo (1995), diversos estudios han puesto de manifiesto que la satisfacción o conformidad de un individuo con su residencia está más vinculada al barrio que a la vivienda resultando, en muchos casos, la identificación con el barrio y con los vecinos más importante que la calidad o el tamaño de la vivienda. Relacionado con lo anterior, resulta relevante la **imagen** que los sujetos tengan de sí mismos en relación a la residencia que habitan, así como la hipotética imagen que tenga un "otro" (Juicio que efectuaría el grupo). En este sentido, el hecho de estar contento de enseñar la propia casa (orgullo) es un reflejo de la propia satisfacción, resultando ser un sentimiento que depende de

imágenes externas como la publicidad y del imaginario colectivo intragrupal (Amérigo, 1995).

De esta forma, en un lugar residencial confluye una serie de elementos que remiten a una apreciación subjetiva específica en un marco de significaciones socialmente compartidas. En un lugar residencial se juegan aspiraciones sociales, motivaciones, juicios y, en definitiva, connotaciones simbólicas (Rapoport, 1978). Se puede señalar que en la relación de las personas con su hábitat está implicada, en primera instancia, una decisión que efectúan los sujetos respecto de éste, la cual sería realizada mediante distintos mecanismos, partiendo de la influencia que el hábitat residencial pueda tener en las personas y la mayor o menor atracción que éste ejerce sobre las mismas. Siguiendo a Rapoport (1978) las personas, de tener la posibilidad de hacerlo, seleccionan su residencia de acuerdo a sus particulares **estilos de vida**, de tal forma que se ajuste a sus necesidades, preferencias y costumbres. En este sentido, la vivienda comunica, vale decir, expresa la **identidad** de sus habitantes, no solo personal (gustos), sino también cierta identidad social o **estatus**. De esta forma, en la valoración del hábitat residencial resulta importante la tendencia a ajustar la imagen del lugar ideal que las personas manejan, la imagen de sí mismo y las imágenes que se manejan en torno a la ciudad con el lugar concreto en el cual residen (Rapoport, 1978).

Para Amérigo (1995), en un ambiente residencial el sujeto imprime sus propias características personales, con-



Imagen cercana de habitante y el «lugar que habita». Azapa, cerca de Arica, Chile.



Callejuelas estrechas que estimulan la proximidad entre vecinos de un lugar. Valparaíso.



Un lugar particular, casco histórico de Antofagasta, cercano a la antigua Aduana, con un alto valor patrimonial y de apego de sus habitantes.

virtiéndose en único y permitiendo al habitante experimentar cierto afecto hacia él o satisfacción. La consecuencia de ese estado de satisfacción implica la emisión de determinadas conductas mecanismos adaptativos que condicen al individuo a una situación congruente con el lugar en el que reside. De acuerdo a los resultados de diversos estudios provenientes del ámbito de la psicología ambiental, aquellos individuos con un alto nivel de apego al lugar estarían más fuertemente enraizados, menos motivados a cambiarse de residencia y, en definitiva, más satisfechos. Un alto nivel de apego implica en muchos casos que el individuo tiene recuerdos de un lugar inseparables de su experiencia personal, tendiendo la identidad personal y la identidad del lugar a fusionarse (Amérigo, 1995).

En relación a las **actividades** que se desarrollan, Gehl (1971) señala que en un lugar residencial se efectúa una serie de actividades cotidianas, quedando el lugar comprendido en una dinámica compleja, en la que se entremezclan dichas actividades, posibilitadas por un marco físico más o menos ade-



Plaza de Linares. Un lugar reconocible por el alto nivel de satisfacción y fidelidad urbana.

cuado y con base en las cuales se generan relaciones de distinta calidad o intensidad. Estas actividades cotidianas pueden ser “actividades necesarias” (recorridos cotidianos), incluyéndose aquellas actividades más o menos obligatorias (ir al trabajo, colegio, compras, etc.), las cuales, si bien se desarrollarían de todas maneras (independiente del marco físico), pueden desempeñarse de mejor o peor forma, en tanto se relacionan estos desplazamientos con el control que la persona tenga de sus tiempos y su seguridad. Otro tipo de actividades que se desarrollarían en un lugar residencial son de carácter opcional, vale decir, aquellos quehaceres en los cuales se participa si existen deseos o no de hacerlo y si las condiciones del espacio y el tiempo lo permiten (salir a caminar, sentarse en un banco, tomar sol, entre otros). Este tipo de actividades dependería en mayor medida de las condiciones físicas del entorno (lo que el lugar “llama” a hacer). Finalmente, estarían las actividades sociales o resultantes de la posibilidad de encontrarse (recorridos cotidianos, actividades al aire libre), actividades que por lo tanto requieren de la presencia de otros individuos con los cuales se establecen relaciones diversas (en cuanto intensidad y significación). Estas actividades pueden ocurrir espontáneamente como consecuencia de que distintas personas se movilizan dentro de un mismo espacio, lo que revertiría en la constitución de lugares residenciales más significativos y atractivos (Gehl, 1971)

Ahora, el tipo de actividades que desarrollan los individuos (itinerarios), debe vincularse con la **accesibilidad** para realizarlas. Lo accesible que resulte para un sujeto ir a comprar, trabajar, ver a los amigos, entre otros, comportará juicios acerca de lo que cada persona considera “cerca” o “lejos”. De esta forma, el éxito de cualquier diseño depende del significado que tenga para los habitantes, y éste puede ser resultado, siguiendo a Rapoport (1978), de la acción, uso y movimiento expresado en signos de actividad. Así, lo que una persona entiende y siente está en relación con lo que es capaz de hacer en el medio (**competencia**), otorgando un

sentido de satisfacción y de conocimiento en las áreas residenciales. Así, también, incidirían en la evaluación o valoración del ambiente residencial la **experiencia** previa de las personas, los niveles de adaptabilidad conseguidos y la deprivación (elementos comúnmente evaluados como deseables como sería zonas verdes, pueden tener una alta valoración entre los que no lo poseen) (Rapoport, 1978).

Los encuentros frecuentes en las actividades cotidianas, posibilitan el establecimiento de contactos con los vecinos y el que haya actividad en un lugar, el que “algo pase” estimula a que “algo siga pasando”, refiriendo esto a un proceso autorreforzante, es decir, una vez iniciada la totalidad de la actividad es siempre mayor y más compleja que la suma de las actividades iniciales, pudiendo los individuos y los eventos influenciar mutuamente (Gehl, 1971). Por otro lado, la actividad en un vecindario influye en la **seguridad** (control visual) y un lugar residencial resulta placentero, en gran medida, si las personas se sienten protegidas del peligro o inseguridad y en la medida que sienten control sobre los límites que evalúan como propios. Esto se relaciona con el interés natural y el sentimiento de **responsabilidad** generado cuando los residentes cuentan con áreas libres que pueden utilizar cómodamente y cuando las vías de acceso y las áreas abiertas se encuentran claramente conectadas a las residencias en forma de áreas comunes precisamente definidas, en vez de espacios poco definidos y poco usados (“**tierra de nadie**”). Esto significa que, junto con espacios públicos claramente definidos, una adecuada graduación de espacios exteriores, con espacios semipúblicos, íntimos y familiares más cercanos a la residencia, podría influir en que los residentes se conozcan mejor y se genere la sensación de los espacios exteriores como pertenecientes a los residentes, evaluados como parte de su hábitat. En este sentido, el tamaño también influiría en estos procesos, en tanto que en conjuntos más pequeños las personas podrían organizarse más rápida y efectivamente en torno a problemas mutuos (Gehl, 1972).

Siguiendo a Rapoport, el entorno construido cobra sentido mediante la organización y jerarquización de los espacios públicos y privados. Esto se relaciona con el “control” de las “interacciones no deseadas”, vale decir, control de la privacidad. Los niveles óptimos de defensas e interacciones dependen de los sujetos o grupos específicos insertos en una cultura determinada. Así también, lo que para unos es público, para otros es completamente privado, lo que puede ocasionar conflictos en el uso del espacio. Esta distinción que organiza el espacio se puede ver reflejada en el atrás! delante de una casa, en la cual el frontis constituye la imagen pública y comunicativa mientras que en el patio trasero, en donde se amontonan una serie de artefactos, se relacionaría con el dominio de la vida privada. Como señala Silva (1993), el “adelante” de la vivienda connota lo que denomina “vitrina urbana”, el espacio que es tomado por los actores como escenario simbólico de visibilidad propia por un eventual e hipotético “otro” y, a la vez, donde ese otro puede distinguir la identidad de un sujeto o barrio.

El lugar de la residencia, entendido en estos términos, puede diferenciarse en función del grado de privacidad, dis-

tinguiéndose espacios públicos (calles, parques), semi-públicos (pasillos, entorno inmediato a la vivienda) y privados (dormitorios, vivienda). En relación a la privacidad y el medio físico, se sostiene que es básicamente un proceso de distribución de información, siendo la regulación del acceso visual (capacidad para inspeccionar el entorno inmediato) y de la exposición visual (capacidad de exponerse a la vista de otros), dos elementos claves en la relación entre disposición ambiental y obtención de privacidad (Archea, 1977 en Aragón, 1998).

Por otro lado, Brown y Werner (1985 en Américo, 1998) han expuesto cómo la decoración exterior de la vivienda puede aumentar el contacto con los vecinos y profundizar el apego al vecindario y a la urbanidad. Estos aportes se relacionan con otros conceptos próximos como son la apropiación del espacio, el que va más allá de la noción de personalización, en el sentido que se lo comprende como un proceso temporal y dinámico de interacción entre el individuo y su medio externo, el que va ligado con la ocupación, la pertenencia o apego y la defensa del lugar.

Ducci (2002) señala, que en torno a la vinculación entre las características físicas del espacio y la incidencia de crimen y violencia, se ha observado que los niveles de crimen son menores en los lugares donde los residentes muestran y comparten un fuerte sentido de propiedad y de territorialidad. Esto se refleja en la forma en que determinado grupo ocupa un espacio, se apropia y agrega elementos, lo que indica una presencia efectiva y constante de las personas en el lugar (por ejemplo, iluminación, jardines cuidados). Esto de alguna manera encierra el mensaje que existen personas detrás de las ventanas que están dispuestas a defender su propiedad. Ahora bien, no serían los elementos que las personas agregan al espacio en sí los que previenen el crimen, sino las dinámicas sociales que se generan a partir de esos elementos. Así, “... *se observaría una falta de sentido de pertenencia y de apropiación del espacio en la mayor parte de los conjuntos de vivienda social. El completo abandono de las áreas verdes, los espacios eriazos entre los edificios, el desinterés por conservar las viviendas y la ausencia de belleza en el entorno, pueden enviar el mensaje de que las familias que ahí habitan sólo consideran propio el interior de sus casas... aquí los espacios públicos son tierra de nadie, pudiendo sufrir apropiaciones negativas*” (Gallahgr, 1994 en Ducci, 2002).

Por otro lado, en relación a los flujos de movimiento y patrones de uso del espacio público, Bill Hillier (1988, en Greene, 2002) desarrolla el concepto de “comunidad virtual”. Esta se refiere a la sensación de pertenencia generada cuando se está consciente de la presencia de otros habitantes del barrio o de la ciudad, siendo virtual en el sentido que no es necesario que se haya manifestado la comunidad -ya que la copresencia no implica comunidad- pero es el primer paso y un importante ingrediente para su formación. En términos espaciales, la comunidad virtual se entiende como el campo potencial de encuentro y copresencia producto de la configuración espacial. Se señala que la generación de una comunidad virtual sería uno de los aportes más importantes que puede hacer la arquitectura o el diseño espacial en cuanto al bienestar social ya que a



Un lugar con identidad propia como espacio de integración en razón de su carácter comercial. Estación Ferroviaria de Curicó.

través del manejo de variables configuracionales se podría potenciar el encuentro entre personas y una vez que existe comunidad se puede producir un mayor cuidado y seguridad en el espacio residencial (Greene, 2002).

5. Conclusión

Desde una mirada sistémica, la constitución de comunidad en un lugar residencial es en tanto se constituya un **sistema vecindario**, entendido como un sistema interaccional (Luhmann, 1997 en Sepúlveda, 1999). El espacio es un elemento importante en la constitución de los sistemas de interacción, pues las personas deben coincidir en él para constituir el sistema mediante sus comunicaciones. En el caso de los vecindarios y comunidades, éste se torna particularmente relevante dado que su permanencia (tiempo/espacio), desata una dinámica, en el sentido que alude a un proceso de asignación de sentido que surge sobre la base de la experiencia socialmente compartida. Al mismo tiempo, el lugar pasa a constituirse en una relación dada entre espacio y conducta en una temporalidad concreta. La **"lugarización"** remitiría así a un proceso de diferenciación del territorio que efectúa un sistema previamente constituido, ya que el espacio por sí solo no genera sistemas sociales.

Lo anterior, no significa que el espacio no posea influencia sobre los sistemas sociales, sino que éste se encuentra determinado por la definición que con anterioridad un sistema ha efectuado respecto del espacio. De ahí que un mismo espacio pueda ejercer diversas influencias en distintos sistemas. De esta forma, para el sistema vecindario, el territorio donde realizan su dinámica consti-

tuye un referente básico y constante, es el espacio que pasa a convertirse en lugar, pues es observado y delimitado, adquiriendo significación social. Se entiende además que el sistema diferencia el lugar para llevar a cabo relaciones dirigidas con una intención de control (Sepúlveda, 1999).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. BIBLIOGRAFÍA INTRODUCCIÓN GENERAL

Boletín Instituto de la Vivienda Universidad de Chile, Nro. 46. INVI: 2003
¿Urbis et Civitas? Animación y sociabilidad en los espacios públicos de los Conjuntos de Vivienda Básica entre 1991-2000, Rau, Sylvia (2003). Tesis para optar al grado académico de Magíster en Desarrollo Urbano Pontificia Universidad Católica de Chile.

II. BIBLIOGRAFÍA LUGAR Y LUGAR RESIDENCIAL

"Heidegger Arquitectura y Habitar, Referido a Construir, habitar y pensar; Bauen Wohnen Denken". Jorge Acevedo. Revista *ARQ* 17.
 "La cultura Urbana como descubrimiento del lugar", Miguel Aguilar, en revista *Ciudades* Nro. 27, Puebla, México. 1995.
Satisfacción Residencial, un análisis psicológico de la vivienda y su entorno, María Américo Alianza Universidad. 1995.
Los no lugares, Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Marc Augé. Editorial Gedisa. 1998.
Esbozo sociocultural del espacio-tiempo-suelo. Claudio Caveri, (texto en internet).
De espacios y lugares en Arquitectura. Miguel Del Rey. (texto en internet).
Imaginarios urbanos. Néstor García Canclini. Editorial Eudeba Universidad de Buenos Aires, Argentina 1997.
La vida entre los edificios Jpn Gehl, traducido por Daniel Morgan, Escuela de Arquitectura, Universidad de Costa Rica. 1971.
 "Espacio residencial y construcción de comunidad". Margarita Greene. Revista *EURE* (Texto en Internet).
Construir, habitar, pensar, Martin Heidegger, Martin traducción de Eustaquio Barjau, en conferencias y artículos, serbal, Barcelona. 1994
La vida cotidiana y su espacio-temporalidad, Alicia Lindón. Antrhopos - CRIM - El Colegio Mexiquense, Barcelona. 2000
La arquitectura como lugar: Aspecto preliminares de una epistemología de la arquitectura, Joseph Montuñola. Editorial Gustavo Gill, Barcelona, España. 1974.
Topogénesis Dos. Ensayo sobre la naturaleza social del lugar. Joseph Montuñola. 1979.
La problemática del espacio y el lugar en la arquitectura actual. Adriana Quiroga. (texto en internet)
Aspectos humanos de la forma urbana: hacia una confrontación de las Ciencias sociales con el diseño de la forma urbana. Amos Rapoport. 1978.
 "El Territorio Intersticial de lo cotidiano", Seguel, Leonardo; Revista *URBANO*, Universidad del Bío Bío, Año 4, N° 4, Junio 2001.
Seguridad Residencial y Comunal, Investigación Fondecyt 1940462-94.
El lugar: entre candados, rejas y miedos, Hernando Uribe. Universidad de Valle, Colombia, 2002.
 "Evidencias sobre construcciones en Santiago". Revista *ARQ* N° 50;